



VISIONES

Por PABLO
NEY FERREIRA (*)

En la era de la globalización, la revolución biotecnológica y otros grandes aportes al desarrollo científico de la humanidad, todavía existen y se reproducen problemas básicos que los hombres en sociedad parecen no brindarle la suficiente y básica atención que deberían darle. Según el informe del PNUD sobre el desarrollo mundial 2000-2001, la pobreza radical continúa siendo uno de los mayores problemas que debe enfrentar la sociedad a comienzos del tercer milenio.



Hacia una ciudadanía económica cosmopolita

LA NUEVAS UTOPIÁS

Casi la mitad de los seis billones de seres humanos vive con menos de dos dólares diarios, y la quinta parte con menos de un dólar diario; el 50% de los niños del mundo se encuentra subalimentado; esta situación es percibida en numerosas ocasiones como un dato incambiable de la realidad con el que estamos obligados a convivir, y es tomado como tal con una irresponsable resignación, no advirtiendo que convivimos alegremente con una verdadera tragedia moral de la humanidad que el hombre debe de enfrentar con la mayor celeridad posible.

La insensibilidad creciente frente a todas estas cosas es alarmante. Cada vez más este tipo de datos son tomados por los ciudadanos como si ellos no tuvieran nada que ver en esto, y por los responsables políticos como si fuera un dato de la realidad, doloroso sí, pero frente al que poco se puede hacer.

Esta indigencia endémica no solo tiene tremendas consecuencias sobre la salud y las probabilidades de vida de los individuos que la padecen, sino que también tiene fuertes repercusiones sobre el funcionamiento cotidiano de los sistemas de gobierno democráticos. Si se toma medianamente en serio el vocablo democracia, y se prescinde por un momento de los debates que describen numerosos tipos de democracia tomando en cuenta otros tantos tipos de variables, me parece que muy pocos analistas pueden afirmar seriamente que no es necesario ningún tipo de participación ciudadana para el correcto funcionamiento de una democracia. En el caso mínimo en que se le pide al ciudadano que simplemente vote una vez cada tanto tiempo, esa actividad cívica mínima implica que los ciudadanos deben informarse no ya de los temas públicos (que en el caso ultramínimo dejan al libre albedrío de sus representantes), sino de quiénes son los candidatos, cuáles son sus cualidades, sus trayectorias, sus proyectos, etc..., deben invertir parte de su tiempo en averiguar acerca de las características esenciales de los candidatos. Esto quiere decir que los ciudadanos deben tener algún tiempo libre para invertir en estas activi-

dades; por más irresponsables que sean, por menos que les interesen los asuntos públicos, deben saber, y quieren saber a quien votan, en quien depositan los destinos de sus hijos y familiares.

Para que estas actividades se conviertan en posibles, los ciudadanos deben poseer un mínimo de solvencia económica que les habilite si así lo desean, a informarse y participar en los debates públicos democráticos; pasar de una posición pasiva a poseer un rol activo en los procesos de deliberación racional que preceden a los procesos de toma de decisiones, e incluso a los que se suceden posteriormente a las decisiones democráticas.

De lo que se trata es de intentar pensar no ya como una utopía, sino como una necesidad humanitaria, y un requisito funcional de la democracia, la instalación progresiva de una *ciudadanía económica cosmopolita*, una ciudadanía económica mínima funcional al desarrollo de la deliberación y la participación democrática que no reconozca otra frontera que el horizonte cosmopolita.

A pesar de las sonrisas escépticas sobre las posibilidades de construir una auténtica *cosmópolis*, una ciudad de la Tierra en que ningún ser humano se sienta y sepa excluido, lo cierto es que hacia ella caminan ya organismos internacionales, cívicos, políticos, jurídicos y económicos, que van asentando día a día los cimientos de la ciudad común. Una ciudad en que todos se sepan y sientan ciudadanos, pero no sólo políticos, sino también económicos, ya que como vimos una cosa está indisolublemente atada a la otra: sin medios económicos mínimos no es posible participar activamente de los procesos de decisión.

Ciertamente, resulta difícil caracterizar que sea un *ciudadano*, habida cuenta de la gran cantidad de tradiciones que han ido tejiendo nuestra historia. Pero sí podemos aceptar, sin traicionar a ninguna, que es un ciudadano *aquel que es su propio señor junto con sus iguales*. En las actuales condiciones de creciente desempleo, de fuertes desigualdades, y con una pobreza endémica moralmente insostenible es bastante difícil conseguir ciudadanos que cumplan con estos requisitos mínimos. No resulta fácil articular una ciudadanía económica y sin embargo es una tarea urgente a emprender, porque quien —junto con otros— es vasallo en lo económico, difícilmente será dueño de sí mismo —junto con otros— en todo lo demás.

Para hacer posible esta tarea política y moral urgente, propongo que sería de suma utilidad tomar una de las ideas centrales de la primera Modernidad, y darle la vuelta; concretamente, la idea de que en una comunidad política son ciudadanos activos aquellos que tienen la propiedad necesaria para ser económicamente autosuficientes. Cabe presumir que quien es autosuficiente en lo económico puede permitirse no ser vasallo en lo político, sino ciudadano, de suerte que

autosuficiencia económica y ciudadanía son dos caras de la misma moneda.

Estos argumentos eran esgrimidos generalmente para limitar las actividades políticas de las clases subalternas, y maximizar la acción política de los sectores económicamente más influyentes y generalmente más ilustrados.

Ahora bien, ¿qué ocurriría si invirtiéramos el orden de los factores? ¿Qué ocurriría si el reconocimiento de la ciudadanía fuera anterior al de la autosuficiencia, de modo que una comunidad política estuviera obligada, para ser legítima, a intentar garantizar por todos los medios a su alcance la propiedad necesaria como para ser autosuficientes?

En este sentido caminan varias propuestas que provienen fundamentalmente del campo de la filosofía política, pero de diferentes perspectivas analíticas y hasta si se quiere ideológicas. Desde una perspectiva liberal Ackerman y Alstott proponen convertir a los Estados Unidos en una *stakeholder society*, dispuesta a dotar a todos sus miembros ya en su edad mayor con una cantidad suficiente como para que puedan organizar sus vidas y reforzar con ello el compromiso cívico, al percibir que su comunidad se ocupa también económicamente de ellos. Cerca de esta propuesta se encuentra desde una perspectiva más socialista Van Parijs, quien parece casi obsesionado con proporcionar a todos los ciudadanos un *ingreso básico de ciudadanía* recibido anualmente de forma incondicional para que puedan accionar mecanismos que les libere de la necesidad y les posibilite el accionar político participativo.

Sólo que la noción de ciudadanía, a comienzos del siglo XXI rompe los moldes de las comunidades políticas, quiebra las fronteras entre el "nosotros" y el "vosotros", y exige que la dote, el ingreso, que liberen de la necesidad y excluyan la dominación de unos hombres por otros, al menos en lo que hace a la economía, lo reciba todo humano por el hecho de serlo. La idea de una ciudadanía cosmopolita fue replanteada no hace mucho por Martha Nussbaum, desempolvando las viejas argumentaciones que los estoicos realizaban durante la antigüedad grecorromana acerca de la necesidad de una *cosmópolis* que no reconociera diferencias entre los "ciudadanos del mundo".

Universalizar ese ingreso, ese *mínimo de ciudadanía económica* o, cuando menos, hacer posible que las personas puedan desarrollar sus capacidades, en la línea de la propuesta de Amartya Sen, es económicamente posible. Otra cosa será que en este caso haya más "acuerdo", más propuestas realistas sobre la mesa, que voluntad.

(*) Licenciado en Ciencia Política Universidad de la República, DEA (Diploma en Estudios Avanzados) Universidad de Santiago de Compostela, candidato a doctor en Ciencia Política Universidad de Santiago de Compostela.